Los colores poéticos de **William Carlos**

Lumen edita el poemario «Cuadros de Brueghel» del escritor norteamericano

NARRATIVA

William Carlos Williams
«CUADROS DE BRUEGHEL»
EDITORIAL LUMEN
219 PÁGINAS. 14, 90 EUROS

Ha pasado medio siglo desde que se publicara en EE UU «Cuadros de Brueghel» (1962), por el que W. C. Wiliams obtuvo el Premio Pulitzer al mejor libro de poesía de ese año, y por fin contamos con una versión bilingüe, gracias a Lumen; bien traducida y prologada, y presentada con los cuadros a los que se refieren los poemas de la parte central del libro. Mucho se ha discutido el talento de este gran poeta, admirado por unos y ninguneado por otros, pero que sin duda es una de las figuras centrales (con Pound, Eliot y Auden) de la poesía angloamericana contemporánea. Constituye un lugar común, desde aquel errático prólogo que Wallace Stevens antepusiera a los «Selected poems», en el que calificaba a W.C. Williams de «poeta romántico», enjuiciar sin pudor el valor de su obra poética, y hasta perdonarle la vida artísticamente hablando.

W. C. Williams es una figura central: el poeta del veinte que mejor conectó con el naturalismo norteamericano del diecinueve, quien asimiló de modo más sabiamente crítico el modernismo y el culturalismo de la primera postguerra y quien introdujo los valores visuales y acústicos en la práctica poética. ¿Estaba incapacitado para la dimensión arquitectónica del poema? Puede ser. Nadie es perfecto. Además, hay muchas arquitecturas diversas. La de este poeta no es fastuosa, pero es que pretende no serlo. Por decirlo con las palabras de Rutherford, creo que él «sabía muy bien, cuando escribía, el poder de las palabras».

Diario cósmico

Cristina Campo, su traductora al italiano, decía que su obra «se había configurado como un larguísimo diario cósmico», subrayando la capacidad del poeta para captar la vida. «Cuadros de Brueghel» tiene dos partes: una primera en la que dedica diez poemas a los cuadros del pintor de Flandes, y una segunda con poemas de madurez del poeta, que moriría un año después de cerrar el libro. Salpicados de americanismos, dispuestos en estrofas de tres versos, muestran la agudeza que tenía para enseñar no sólo la realidad sino la estela que ésta deja día a día en el espíritu de alguien que no se rinde al vacío y al sinsentido, de un poeta que detesta la apariencia de profundidad. La parte de los «Cuadros de Brueghel» consta de diez composiciones dedicadas a Peter Brueghel el Viejo: desde lo que Williams tomara equivocadamente como un autorretrato hasta cuadros como «La parábola de los ciegos», «Boda campesina», «Paisaje con la caída de Ícaro» o «Los cazadores en la nieve».

«Autorretrato», de Fouquet, una de las obras analizadas por el poeta

Esta edición incluye los cuadros del pintor a los que se refiere el autor en sus poemas

El hecho de que el autorretrato, falsamente atribuido a Brueghel, se deba a Jean Fouquet, es algo más que una «eventualidad». Es un dato ante el que no sabemos como habría reaccionado el poeta. Me inclino a pensar que no le hubiera hecho gracia. Por cómo supo mirarlo, está claro que amaba demasiado ese cuadro como para que su nueva atribución le hubiera dejado indiferente. W.C. Williams ya había revelado en «Paterson» su admiración por Brueghel, «el hombre que pintó lo que vio». A eso aspiró él siempre. A ir de lo visible a lo invisible. Lo demostró en esta serie, comparable a los mejores ejercicios de percepción artística que tenemos: Auden, Ashbery, Zambrano, y Adam Zagayewski.

Álvaro DE LA RICA